

¿QUIEN no se ha sentido entusiasmado, al filo de la adolescencia —o tal vez antes— con la lectura de relatos bien o mal llamados históricos, intentando revivir otros tiempos en una mezcla de conocimiento e imaginación? Nunca olvidaré mis lecturas infantiles del «Diario de un testigo de la guerra de África», de Alarcón; ni siquiera los novelones atrocemente falsificados que nos llevaban a un amañado siglo XVI. Más cerca de nuestro tiempo, la lectura de «La Ilustración Española e Hispano-Americana» de tiempos de la primera República o del «Blanco y Negro» del 98, resultaban para mí más importantes que la realidad española de mis años de niño.

Igual que el niño, la humanidad, en un primer tiempo, ha sentido la necesidad de afirmar la

na de Aragón», y también el famoso Padre Mariana utilizó considerable documentación, aunque de manera indiscriminada.

Pero todo esto pertenece a la «prehistoria de la historia»; al fin y al cabo eran obras destinadas a minorías y es tema que difícilmente puede entusiasmar a nadie que no sea un especialista. En el Renacimiento, como señaló un gran historiador de nuestro siglo, Georges Lefebvre, «la historia se convierte por completo en un instrumento de propaganda».

En el siglo XVIII, Voltaire transformó la concepción clásica de la historia, introduciendo la llamada «historia racionalista», en la que se tratan de explicar los hechos. Voltaire, adelantándose a su tiempo, termina con la historia-relato y trata de explicar los hechos. No obstante, es hombre

monarquía francesa de Luis Felipe, ha quedado en la historia gracias a sus cursos en la Sorbona y a su obra capital «Historia de la civilización en Francia»; es el primero que plantea de manera sólida la sustitución de la historia de «reyes y batallas» por la historia de la civilización (aunque el concepto de civilización sea bastante confuso). Jules Michelet (1798-1874) será quien cambie el modo de historiar en Francia en el siglo XIX. Michelet concibe la historia como una totalidad en la que se integran lo político, lo científico, lo artístico, lo religioso, lo filosófico, etcétera. Y, sobre todo, no concibe la historia limitada a la acción de unos cuantos hombres o de unas cuantas instituciones. Michelet tiene el gran mérito de haber introducido al pueblo como protagonista de la his-

gonismo-pueblo al protagonismo-clase social, pero acentuando el principio de que son los hombres, en unas condiciones dadas, quienes hacen la historia (el determinismo económico está en los antipodas del concepto marxiano de la historia).

Ciertamente, en Alemania se venera entonces la figura de Leopoldo Ranke (1795-1886), prototipo de rigor erudito y de utilización de fuentes. Pero cuando empieza nuestro siglo, el gran problema de la historia es dejar de ser episódica. El relato de acontecimientos, si se apoya en fuentes fidedignas, puede aportar conocimientos no por ciertos menos fragmentarios. Pero la historia a base de recordar Lepanto y Otumba, de dicotomías maniqueas de ocho siglos de llamada Reconquista, etcétera, etcétera, al

LA HISTORIOGRAFÍA

«memoria de la especie» a través de hechos que llaman más la atención a conciencias simples y en los que interviene la emotividad mucho más que la inteligencia cognoscitiva. De ahí surgen las Crónicas y los Anales, simples relatos o relaciones de hechos que se estiman sobresalientes y dignos de recordación; la «espuma de la historia», si se quiere, pero una receptividad primitiva se fija más en la espuma del oleaje que en la profundidad del mar.

Desde los lejanos tiempos de Heródoto, en el siglo V antes de nuestra era, ese género de relato, la historia sin documentos, ha venido existiendo. Relativamente pronto esa historia tomó un carácter pragmático, didáctico, apologetico o, simplemente, de lo que hoy llamamos propaganda. Cronistas y analistas de la Edad Media no van más allá. Y los primeros progresos son más bien de orden literario; ese es el caso de las Cuatro Crónicas del canciller López de Ayala (siglo XIV), de finalidad moralizante. El muy conocido Hernando del Pulgar, de la época de los Reyes Católicos, no supera ese género de relato. Se era entonces y después cronista oficial de un monarca como se puede ser secretario de propaganda o de «preparación psicológica».

Pasó el tiempo y se llegó a la historia con documentos, pero aceptando éstos sin ningún juicio crítico. Jerónimo Zurita (siglo XVI) supo utilizar los archivos para sus «Anales de la Coro-

de su tiempo y de su clase, al eliminar al pueblo de todo protagonismo de la historia. Que una de sus mejores obras históricas se llame «El siglo de Luis XIV» ya es bastante significativo.

El siglo XIX se ha dicho que fue el siglo de la historia; afirmación tal vez exagerada, pero que, como toda exageración, tiene sus raíces de verdad.

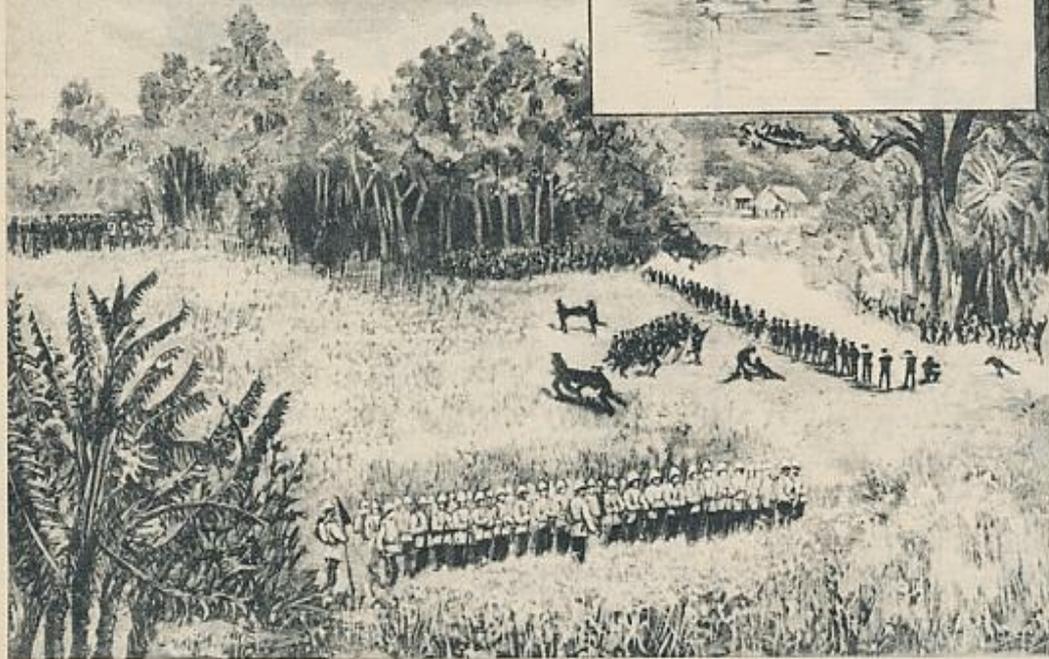
François Guizot, a quien muchos conocen como político de la

historia. Sin duda sigue considerando la historia como un relato, sin duda sus concepciones liberales y republicanas le daban ciertos «apriorismos» siempre deformadores. Pero el salto de gigante estaba ya dado. El sociologismo de Comte viene a añadirse, frenado por su limitación positivista. Y la obra general de Marx, de larga onda expansiva, abrirá las puertas de la historia al factor económico, pasando, además, del prota-

quedarse en la superficie de los hechos, ni podía explicar nada ni podía satisfacer a los espíritus más exigentes. Los tomos de Modesto Lafuente podían interesar momentáneamente como un relato, pero no daban ninguna respuesta a inquietudes nacionales legítimas. Sin duda, a fines del siglo pasado, la historia de las instituciones en un Pérez Pujol o en un Hinojosa apuntaban ya a nuevos caminos, pero eran muy



Números de «La Ilustración Española y Americana» y «Blanco y Negro». (Finales del siglo XIX.)



más hondos, hechos tan importantes como nuestras guerras carlistas?

El otro defecto de la historia de la civilización es que solía significar una yuxtaposición mecánica de diferentes planos del quehacer del hombre en sociedad, ignorando sus conexiones, influencias recíprocas, interpenetraciones, etcétera. ¡Cuántos de nosotros, por los años del Bachillerato, nos hemos quedado sorprendidos ante un repertorio de clases sociales, cuyo sentido se nos escapaba, al no explicársenos nada de la producción y de los fenómenos económicos! Además, pretender que la «civilización» era una cosa y la «política» otra que no tenía nada que ver con ella, llevaba a la situación, muy peligrosa intelectualmente, de pensar que los hechos políticos

IA DE AYER A HOY

pocos los iniciados en esta vía.

Tras el 98, hay una viva reacción contra la historia episódica clásica de nuestra patria. Se produce, a su manera peculiar, en Joaquín Costa, y tres años antes, Unamuno había lanzado la idea de la **Intrahistoria**: «Debajo de esta historia de sucesos fugaces — escribe don Miguel—, historia bullanguera, hay otra profunda historia de hechos permanentes, historia silenciosa, la de los pobres labriegos, que un día y otro, sin descanso, se levantan antes que el sol a labrar sus tierras, y un día y otro son víctimas de las exacciones autoritarias». No es un historiador quien habla, sino un pensador que considera la historia episódica clásica como una falsificación. Pocos años después (1908), Antonio Machado conmemora el 2 de mayo de 1808 con un artículo que es otra condenación implícita de esa historia de «viejos héroes».

Ya entonces la historia está poniendo proa hacia nuevos horizontes, con Charles Seignobos, en Francia, y, sobre todo, con François Simiand, que en 1903 —a los treinta años de edad— publica su famoso artículo «Método histórico y ciencias sociales», proponiendo una revolución metodológica inspirada en la sociología y tratando de descubrir las constantes que se producen en el acontecer histórico. Era la respuesta audaz a la idea clásica —sostenida sobre todo en Alemania— de que «lo esencialmente histórico es lo que no ocurre más que una

vez». Con las exageraciones de forma que toda innovación suele tener al presentarse (Simiand proponía romper con la cronología) se estaba llegando a la precencia de la historia. Simiand incorporará a la historia el estudio de los ciclos económicos, que no parte de él, sino de Marx, como reconoce su propio discípulo Ernest Labrousse.

El paso de la historia episódica a la llamada historia de la civilización se realizará en España durante el primer cuarto de nuestro siglo. Su representante más ilustre fue, probablemente, Rafael Altamira. Su primera «Historia de la civilización española» apareció en Barcelona en 1902.

Decir «historia de la civilización» significaba que se superaba ya aquella retahíla secular de reyes, guerreros, conflagraciones bélicas, tratados internacionales más o menos esmaltados de pintoresquismo y que, a veces, cifraban su valor en su fuerza retórica (no hay más que ver los cursos de historia que explicaba don Emilio Castelar). Pero el término «civilización» siempre fue impreciso y por demás debatido. Mientras que en Francia representaba una vasta idea del quehacer cultural, en Alemania —sobre todo a partir de Herder— la civilización es una especie de pariente pobre al lado de la cultura; ésta significa la creación intelectual, lo que para Wildelband y Rickert es la actividad del hombre dirigida hacia la realización de valores o para Thomas Mann «la verda-

dera espiritualidad», dejando para la civilización el aspecto material —por lo común concretizado en objetos— de la vida material de los hombres (creando así una falsa dicotomía de las vertientes espiritual-material del hombre).

En España se siguió de preferencia el criterio francés (antes de la moda germanizante, que no llega hasta el grupo generacional del 14 y sus discípulos). Para Altamira, escribir historia de la civilización significaba que «se deja a un lado lo que llaman historia externa: guerras, conquistas de territorios, sucesión de reyes, cambios de dinastías», y comprende sólo la **historia interna**, es decir, de las instituciones sociales y políticas (clases sociales, organismos gubernativo y administrativo, agricultura, industria, comercio, religión), de la cultura intelectual (científica y artística) y de las costumbres».

El programa era ambicioso; se trataba de rehacer —y ahora de verdad— la memoria de la humanidad, de conocer el pasado del hombre, de todos los hombres y en los más diversos planos de su vida. Claro que a nadie escapa que por desagradables que sean las guerras, no se las puede borrar del pasado del hombre (ojalá fuera tan sólo del pasado) y que sin abordar su explicación objetiva quedaba mutilada y falseada la gigantesca experiencia de la humanidad. Y si borramos las dinastías, ¿cómo explicarnos, aunque sus querellas fueran el «pretexto histórico» de problemas

venían caídos del cielo. Y se quiera o no, lo político constituye el ejercicio del poder y la oposición al mismo o el esfuerzo por conseguir ese ejercicio o influenciar ese poder, en suma las decisiones fundamentales en la vida de la sociedad.

La historia de la civilización renunciaba, de hecho, a explicar el porqué del drama colectivo de los pueblos a través de los tiempos, y por ello estaba condenada a no irradiar más allá de los círculos académicos o de los indispensables exámenes para obtener este o aquel diploma.

La historia necesitaba, ante todo, un rigor en la búsqueda de documentos y el juicio crítico. Del mismo modo que la rota del 98 despertó en los espíritus más lúcidos la crítica de la historia clásica, el protagonismo de las multitudes, la imperativa primacia cotidiana de los fenómenos económicos, la pluralidad de regímenes sociales de signo diverso y hasta contradictorio, el mismo sentimiento de que el hombre necesita una perspectiva, impulsaron la búsqueda y el trabajo de los historiadores. Sin duda, durante decenios enteros se siguieron vendiendo manuales de historia-relato, salieron de las prensas verdaderas «ristras» de guerras, jefes de Estado y personajes brillantes, se entretuvo a gentes sencillas con la mistificación de la «historia novelada», pero la historia como conocimiento científico, aunque no lograda aún, estaba llamando a las puertas del

Visto, probado y... ¡listo!



Esta es la primera ventaja
de un traje

Boyman



la garantía
que acompaña
a las auténticas
prendas Tergal

(Las otras las apreciará usted cuando
vista impecablemente y aprecie la gran
calidad y cuidada confección
de su nuevo traje **Boyman**)

40 triunfo

HISTORIOGRAFIA DE AYER A HOY

saber humano. La conciencia de que para marchar hacia delante había que mirar hacia atrás, de que la experiencia de la vida del hombre en sociedad no es un conocimiento gratuito ni un juego de evasión, se fue abriendo paso. Penosamente, venciendo resistencias, unas de simple inercia mental y otras porque representaban poderosos intereses, porque, sutilizada y perfeccionada, la historia de los «cronistas oficiales» tenía —y tiene, ¡ay!— la piel dura.

No hay por qué ocultar que en nuestra Patria se caminó con cierto retraso; es decir, que España, en el primer tercio de nuestro siglo, necesitaba, sobre todo, afianzar el rigor erudito y crítico de la historia; las figuras ilustres de don Ramón Menéndez Pidal y de don Claudio Sánchez-Albornoz simbolizan este esfuerzo realizado en torno al Centro de Estudios Históricos. Gracias a ellos, y a sus colaboradores, nuestra antes mítica Edad Media tomaba perfiles y precisiones de realidad; gracias a ellos se fue tomando conciencia de que la investigación histórica tenía unas exigencias insoslayables de carácter científico. Sin embargo, la historia más reciente, y que justamente podía interesar a una mayoría, la de los últimos cien o ciento cincuenta años, seguía estancada (con algunas importantes excepciones: las de Ballesteros, Fernández Almagro..., que, sin embargo, no se apartaban del relato clásico). La boga del género biográfico (con frecuencia de mayor nivel literario que científico) no ayudaba mucho al conocimiento del pasado, aunque algunas de ellas —la de Costa, escrita por Ciges Aparicio; la de Pablo Iglesias, por Juan José Morato— abriesen tímidamente el camino hacia una temática todavía sin carta de ciudadanía en el territorio de la historia.

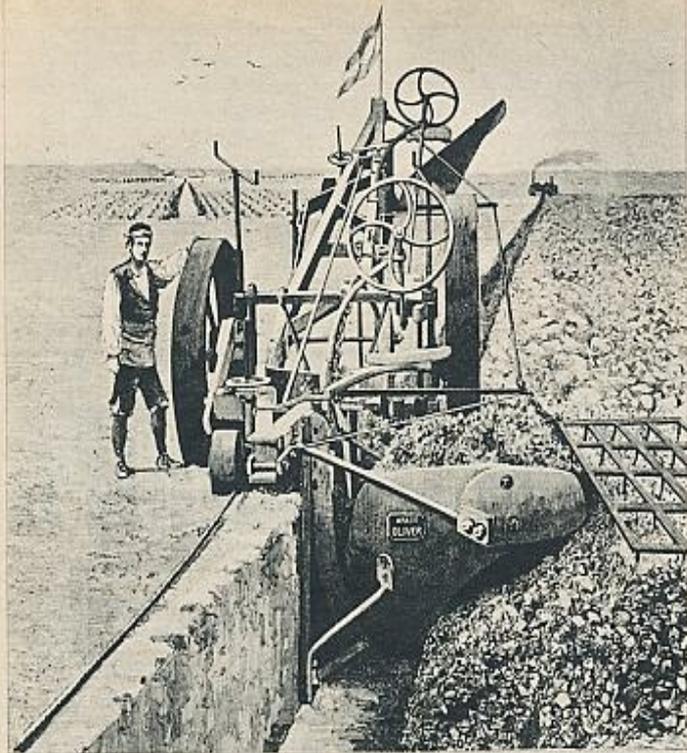
Y, sin embargo, fue esa la época del giro fundamental en la investigación y en la metodología históricas. Una fecha y una publicación marcan ese salto: 1929, los «Annales d'Histoire économique et sociale», encabezados por Marc Bloch y Lucien Febvre. A partir de ahí, la historia de los hechos económicos y sociales empieza a ocupar los primeros planos. Pero la mayoría de los historiadores continúan limitándose a describir. El cambio metodológico se proyecta en dos direcciones; por un lado, a partir de Mathiez y, luego, de Georges Lefebvre (vinculados, sobre todo, al estudio de la Revolución francesa y de la época napoleónica), la dinámica conflictiva de las clases sociales se sitúa como eje del proceso histórico; por otro, el ya citado Simiand se da cuenta, al historiar los salarios y los precios,

que es posible utilizar la estadística para la historia, que numerosos fenómenos históricos pueden ser medidos de manera **cuantitativa**; los hechos económicos, los demográficos, los electorales, los asociativos, etc., etc., ofrecen una inmensa cantera de materias primas que se pueden medir, contar, comparar...; en suma, se pueden formular hipótesis, hacer comprobaciones, obtener conclusiones como en cualquier otra ciencia. La llamada **historia cuantitativa** acababa de nacer.

Ernest Labrousse, que debía suceder a Bloch en su cátedra de la Sorbona, sintetiza todas esas aportaciones metodológicas y produce una revolución en el conocimiento de la historia. Ya en 1933 había logrado reconstruir con toda precisión los precios y las rentas en la Francia del siglo XVIII. En 1944 descubre los vínculos entre la crisis de la economía francesa a fines del XVIII y los comienzos de la Revolución. Pero en la medida que va madurando, Labrousse explica que si el hecho económico es fundamental, no es exclusivo; cuando, en 1948, Francia celebra el centenario de la revolución del 48 con un Congreso de historiadores, la figura señera de Labrousse está en medida de presentar la historia como resultado de una investigación científica compleja, con el hecho económico como capital, pero con los hechos ideológicos y sociales. Una historia «que debe estudiar los conjuntos para buscar en ellos el hecho dominante».

A los españoles nos es mucho más familiar la figura del sucesor de Labrousse en su cátedra de la Sorbona, porque hemos tenido la singular fortuna de que sea un especialista de nuestra historia; me estoy refiriendo a Pierre Vilar, con el que estamos en deuda intelectual todos los historiadores españoles de nuestro tiempo. Y cabe aquí señalar la función del equipo de los «Annales» y de Pierre Vilar en la transformación científica de nuestra Historia, comenzando por la primera figura que la encabezó: la de Jaime Vicens Vives. El historiador catalán, como él mismo contaba, encontró un verdadero «camino de Damasco» en el estudio de la historia en el Congreso Internacional de 1950, a través de esa escuela francesa y a través, muy concretamente, de la personalidad de Pierre Vilar. Toda la obra científica que a partir de ahí nos deja Vicens Vives (por desgracia desaparecido cuando podía habernos dado una aportación todavía mayor), así como la escuela que se forma en torno suyo, parten de esa coyuntura del medio siglo.

Como no pretendemos lo imposible —hacer una «historia de la



La llamada «historia cuantitativa» incorpora la estadística y se ocupa ya de los hechos económicos, los demográficos, etc. (Grabado que representa la implantación del arado movido a vapor).

historia» en unas cuantas cuartillas— quemamos etapas, dejamos de lado corrientes, nombres, obras, etc., para centrarnos en nuestro tema; porque la historia es ya hoy algo con rango intelectual superior al de hace medio siglo y, a la vez, con capacidad de interesar, sin mistificación alguna, a un círculo mucho más vasto que no tiene por qué estar formado de especialistas.

Pierre Vilar, cuya obra no vamos ahora a presentar, definía hace pocos meses la función y el alcance de la historia en nuestros días: «Es la única ciencia a la vez global y dinámica de las sociedades, algo así como la única síntesis posible de las demás ciencias humanas... Ciencia que, como lo reconocía Colin Clark en el Congreso Histórico Internacional de 1950, debiera integrar los resultados de las restantes ciencias humanas...: lo económico, más lo social, más lo político, más lo ideológico y espiritual, es igual a lo histórico... La historia es totalidad, que no puede ser recortada en pedazos o "sectores"».

Conviene comprender la significación de esas definiciones; la vida del hombre en sociedad, ahora o hace quinientos años, es un conjunto de hechos que están todos relacionados entre sí; es, sobre todo, un conjunto de relaciones; pretender explicar un hecho o un sector sin tener en cuenta los demás es una mutilación que lleva al falseamiento. Esto no quiere decir que haya que estudiarlo y exponerlo todo a la vez, no; eso nos llevaría las más de las veces a un tremendo galimatías. Si estudiamos, por ejemplo, los movimientos sociales agrarios, habrá que tener en cuenta la distribución de la propiedad, las clases sociales (no sólo los trabajadores, sino también los terratenien-

tes), las relaciones con el mundo urbano, la economía de las cosechas, el nivel de alfabetización, etcétera, etcétera, aunque nuestra finalidad precisa y detallada sean los movimientos laborales en el campo.

Esto nos obliga a explicar otra cuestión: en el estado actual de la investigación histórica no es posible hacer una exposición de un período relativamente importante o de un tema vasto sin contar con la aportación de una pluralidad de investigadores. Si yo escribo aquí sobre un hecho cualquiera de la historia española del siglo XIX, hay que saber que ese material elaborado ya a nivel de difusión o divulgación es el producto de un trabajo complejo, en el que figura mi propia investigación personal y la de otros historiadores. Como todo trabajo que va adquiriendo rango científico no permite que uno se ponga a escribir Historia como el cazador que sale al campo, con su carabina y su morralito, a ver si caza unas cuantas perdices; la historia, como ciencia, se ha convertido en un trabajo de equipo y en un quehacer donde, a diferencia del quehacer literario, se parte necesariamente de la aportación de los demás.

Otra advertencia necesaria es que, a nivel de difusión, se sigue empleando a veces la forma de relato; en este caso, el relato tiene una apoyatura científica normal, cuyo proceso ha sido elaboración de un modelo y formulación de hipótesis, búsqueda, ordenación y crítica de fuentes, aplicación del modelo y comprobación o rectificación de hipótesis. Naturalmente, de la misma manera que un físico no va a repetir en un trabajo de difusión el proceso de elaboración de la teoría de los «cuanta» o de la separa-

ción de neutrones, el historiador, so pena de hacerse insoportable, tiene que presentar resultados en forma más asequible.

Porque, a fin de cuentas, lo que nos vamos a preguntar aquí es: ¿para qué nos sirve la historia? ¿Qué interés, que no sea el de pasar el rato, puede tener la lectura de la historia?

Un historiador francés de nuestros días, Maurice Bouvier-Ajam, dice lo siguiente: «Un mismo hecho no se repite nunca exactamente en la historia, aunque no sea más porque el tiempo y el medio no pueden ser exactamente los mismos. De ahí algunos infieren que no pueden obtenerse enseñanzas de la historia. Pero el niño que ha saltado dos veces por una alambrada y se ha roto el pantalón no ha realizado exactamente el mismo acto, aunque sólo sea porque es más mayor una vez que otra y su pantalón más viejo; sin embargo, habrá sacado una lección: no hay que saltar por ahí o hay que dar un salto más grande». La historia no da «leyes» en el sentido de otras ciencias (que también ahora renuncian a emplear el concepto de «leyes» y lo sustituyen por el de «regularidades»), pero la historia ofrece «constantes», «conexiones», etc., que, al ser estudiadas y conocidas, pueden servir al hombre en su vida social. La expresión «ley tendencial» puede también aplicarse a la historia; en economía hay también muchas «leyes» que son simplemente «tendenciales».

Ahora bien, no hay que confundir lo que enseña la historia con la operación consistente en «anexionarse» la historia para ponerla al servicio de fines actuales, aplicando esquemas de nuestros días a hechos del pasado. Y todavía menos la carga «ideológica» (en el sentido de concepciones morales, de voliciones y de creencias que se imponen «a priori» al conocimiento objetivo y comprobado) con que a veces se pretende presentar la historia.

Las tan traídas y llevadas «lecciones de la historia» tienen valor de tales con una doble condición:

- No aplicarlas mecánicamente en nuestro mundo actual.
- No olvidar que son los hombres quienes hacen la historia, si bien dentro de unas condiciones dadas y que nada ha sido predeterminado, nada hay previsto de antemano.

En cada coyuntura histórica coinciden una serie de factores que suelen llamarse «objetivos», que están dados previamente a los protagonistas, y otros denominados (con poca exactitud) «subjetivos», que consisten en la acción de esos protagonistas: los hombres. A cada encrucijada de

la historia es el hombre quien decide. Claro que no es el hombre individualmente considerado, ni tampoco una masa informe de hombres; decide el hombre a través de las tomas de conciencia de su función socio-histórica, y a través de una objetivación de esa «subjetividad colectiva», que es el grupo humano estructurado de manera consciente. Del coeficiente de eficacia de ese factor depende, en muchas ocasiones, que una sociedad progrese y se transforme o que se estanque y se descomponga. ¡Y esa sí que es una enseñanza! Basta con pensar en el período 1868-1873 de la historia de España: primero, la inmutabilidad de las estructuras arcaicas agrarias, condicionada por la alianza de progresistas y demócratas con los terratenientes de la Unión Liberal; segundo, el bajo coeficiente de poder de una burguesía y una clase media sufriendo la doble hostilidad de grandes propietarios y aristócratas por un lado, de republicanos (otro sector de clase media) y asalariados del campo y de la ciudad por otro. Esa insostenible situación, por falta de consenso, en tiempos de Amadeo (Gobiernos Sagasta, Serrano y Ruiz Zorrilla), será todavía más precaria en la primera República: hostilidad de la gran propiedad agraria, desencanto de la burguesía catalana, ruptura violenta del carlismo; desintegración de base pequeñoburguesa y popular en los Cantores; falta de alianza con la clase obrera, cuya parte organizada es hostil a unos y otros desde sus posiciones bakuninistas. El poder de la primera República no existe, porque sus decisiones —cuando las hay— no son aplicadas. Todo ello sin olvidar otra ruptura violenta que frenaba toda acción; la «guerra larga» en Cuba. Resultado: Cánovas y Alfonso XII en 1875. No se trata de hacer un juicio de valor, de si nos son simpáticos o antipáticos; se trata de los hechos. La ausencia de bloques de poder con suficientes solidez y base de consenso, la dispersión, conduce a que unos y otros pierdan el poder; la intangibilidad material de las viejas estructuras favorece el retorno de quienes no fueron desalojados de esos resortes socio-económicos y explica el desvío de quienes no vieron mejorar en nada su condición material.

Como en el ejemplo de Bouvier-Ajam «el niño» se rompió los pantalones al intentar saltar una valla (que, además, no saltó).

La historia puede seguir apasionándonos como cuando éramos niños, pero también puede ofrecernos temas de reflexión no menos sugestivos. Penetremos, pues, en los dominios de la Madre Clío.

■ M. T. DE L.